

Naturaleza, ética y cultura

Por Armando HART DAVALOS*

ENTRE LOS COLOSALES DESAFÍOS que el siglo XXI ha puesto ante nosotros figura la gran tragedia que significa la sistemática y continuada destrucción del medio ambiente y la naturaleza en general, que ha sido fuente de la vida y que está mortalmente amenazada por las acciones insensatas y criminales de los hombres.

Describamos el drama a partir de algunos indicadores de la grave enfermedad que afecta a la humanidad:

- 80% de los bosques que cubrían la Tierra han sido degradados.
- 65% de los suelos agrícolas están erosionados y 40% de todas las tierras del planeta están sometidas al proceso de desertificación.
- De los recursos pesqueros mundiales, 60% está actualmente en el límite de captura permisible.
- Una cuarta parte de la humanidad sobrevive con ingresos personales inferiores a un dólar diario.
- 20% de la población mundial no tiene acceso al agua para beber; 50% carece de cobertura de saneamiento.
- Con respecto a la salud, se calcula que 25% de las enfermedades prevenibles tienen su origen en afectaciones ambientales.
- De los 400 millones de toneladas anuales de desechos peligrosos que se producen, 75% se genera en los países desarrollados.
- Si hace 25 años 500 millones de personas pasaban hambre, hoy la cifra de hambrientos se eleva a más de 800 millones.
- La deuda externa de los países subdesarrollados en 1964 era de alrededor de 50 mil millones de dólares. La cifra actual es de 2.6 millones de millones de dólares.
- En concepto de servicio de esa deuda, entre 1982 y el 2003 los países pobres pagaron 5.4 millones de millones de dólares, es decir, han pagado en 21 años más de 2 veces el monto de la deuda actual.
- Cada año mueren de hambre unos 14 millones de bebés y niños menores de 4 años.
- La mortalidad infantil en menores de un año, en los países pobres, es 12 veces superior a la de los países ricos.
- 33 mil niños mueren cada día en el Tercer Mundo víctimas de enfermedades curables.

* Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba.

- Los países desarrollados representan 20% de la población mundial, que utiliza en su provecho 80% de los recursos del planeta.

- Ese 20% más rico de la población mundial consume 70% de toda la energía generada en la Tierra.

- Estados Unidos, en particular, alberga 4.5% de la población mundial, controla entre 25 y 30% de las riquezas y genera entre 25 y 30% de la contaminación a nivel mundial.

Frente a esta inmensa tragedia el presidente Fidel Castro señaló en la Cumbre de Río de Janeiro de 1992: "Hay una especie en peligro de extinción: el hombre". Más recientemente, a propósito del 45 aniversario del triunfo de la Revolución Cubana, en enero del 2004, reiteró: "O cambia el curso de los acontecimientos o no podrá sobrevivir nuestra especie".

Sin embargo, nuestro presidente también ha insistido en que aún podemos encontrar soluciones a estos agudos problemas y para ello debemos proponer programas de acción que se fundamenten en la enorme sabiduría acumulada por la humanidad. Ha dicho Fidel Castro: "El gran caudal hacia el futuro de la mente humana consiste en el enorme potencial de inteligencia genéticamente recibido que no somos capaces de utilizar. Ahí está lo que disponemos, ahí está el porvenir".

Es decir, en el desarrollo de las potencialidades de la mente humana encontraremos las posibles soluciones a los colosales problemas que enfrenta la humanidad. Se impone pues estudiar, con el rigor de la ciencia, la enorme riqueza que encierra la naturaleza humana y ello sólo se puede lograr a partir de relacionar inteligencia, amor y solidaridad.

Estas potencialidades se expresan en la identidad del hombre con el conjunto de la naturaleza de la que es parte sustancial; en tal relación se halla precisamente la marca de la identidad humana. La articulación hombre-madre naturaleza alcanza su más alta expresión en José Martí cuando señala:

Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas, y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso asomarse a un colgadizo y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica, y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil ¹

¹ José Martí. *Obras completas*. La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1964, tomo 20, p. 218

Teniendo como fundamento los estudios abarcadores y profundos realizados en el siglo xx acerca del concepto integral de *cultura*, el sabio cubano Fernando Ortiz postuló:

El dominio de la naturaleza sería insuficiente y hasta parcialmente infausto, pese a sus maravillosos adelantos materiales, si la misma ciencia, aplicada a las culturas humanas, no fuera la que en definitiva señalara las verdaderas e inexcusables necesidades de todos los pueblos y estudiara sus potencialidades de trabajo, organización e intercambio, sus deficiencias y cómo corregirlas, la mejor distribución de los recursos globales y la capacitación de las gentes para realizar los progresos de todo orden que van mejorando la vida en su integridad: todo ello articulado en lo posible a las respectivas condiciones culturales, tradiciones, costumbres y aptencias razonables.²

Sobre estos principios es indispensable tomar las banderas de la cultura general integral, de la educación y de la política culta y elaborar un programa de acción para enfrentar la tragedia. Ello exige, en primer lugar, analizar la magnitud de la crisis de ideas y de cultura que sufre la moderna civilización. La esencia del problema está precisamente en la gravísima ruptura que históricamente se viene presentando entre el hombre y el medio natural.

Por esto, es preciso estudiar la evolución natural que condujo a forjar al hombre. Nuestras responsabilidades son inmensas, tenemos una deuda de gratitud: salvar la más elevada creación de esa evolución, es decir, a la humanidad, de un desastre colosal, quizás definitivo.

Como consecuencia de los desajustes sociales en diversas latitudes, el mejor pensamiento de la Edad Moderna está, de hecho, fracturado y se ha impuesto a gran escala un materialismo vulgar y ramplón, contrario a los valores singulares de la humanidad, cuestionador de los paradigmas éticos y que lesiona los principios políticos y jurídicos del Occidente civilizado. El pragmatismo y su hermano gemelo, el pensamiento tecnocrático, fragmentan las diversas categorías de la vida social, sitúan sus variados contenidos en departamentos estancos, obstaculizan sus vasos comunicantes que le dan el más profundo valor humano y social a la cultura.

La agudización creciente de estos antagonismos genera conflictos, amenaza la paz y pone en peligro la existencia humana. Están afectando seriamente nuestra atmósfera y la naturaleza, que ha servido de cuna a la humanidad y a su desarrollo; es necesario abordar estos temas cruciales

² Judith Salermo Izquierdo, *Paz y luz en Fernando Ortiz: notas acerca de su imaginación sociológica*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello

desde el plano de la cultura para garantizar la continuidad de la civilización y el porvenir de la humanidad.

La exaltación de la razón y la ciencia tuvo el mérito de echar abajo en lo conceptual, y ya era algo importante, las atávicas tendencias a la irracionalidad. No obstante, para superarlas en el plano real no basta el pensamiento racional, ni siquiera las más altas escalas del pensar dialéctico. Es necesaria la acción de la educación y la cultura que propicie la transformación del hombre en favor del hombre: sólo así se alcanzará una ética digna del nivel de conocimiento e información logrado por la humanidad.

La civilización tecnológica y científica de la llamada posmodernidad no tiene otra alternativa que retomar y recrear la mejor tradición humanista de la Edad Moderna y oponerse a los peores instintos egoístas que subsisten en la conciencia y subconciencia humana.

El mundo se ha globalizado y sus problemas también; no se trata ya de salvar a una comunidad aislada, sino a la humanidad toda. La nueva civilización tecnológica no es compatible con el desorden jurídico, las diferencias de desarrollo económico, social y cultural, con los desajustes ecológicos, el racismo, el hegemonismo y con la “fascinación” a ultranza que impone el lenguaje subliminal y empobrecedor de los medios de comunicación. Es así que legítimos y trascendentales descubrimientos, los cuales pudieran facilitar el acceso y la promoción de la cultura a millones de personas, son, sin embargo, deformados como mercaderías baratas y utilizadas con fines de dominación. Algunos trasnochados de la fuerza “internacionalizadora” de la modernidad suelen introducir, de contrabando, la idea reaccionaria de que es posible usar la producción simbólica de la posmodernidad y sus superiores medios expresivos (dígase la generación cibernética), a escala de la sociedad humana. Si tal “socialización” estuviera al alcance de las grandes mayorías, entonces sería bienvenida y democrática, pero ésa no es la verdad de nuestro tiempo. En realidad sólo unos pocos acceden a las comunicaciones, mientras la mayor parte de la humanidad es condenada al ostracismo más indigno y a la marginalidad.

La degradación ética está en la esencia del drama. Las dos revoluciones científico-técnicas más importantes de los últimos tiempos —la informática y la mediática— fueron empleadas para producir el espectáculo de guerras reales, las cuales pueden verse desde los hogares por televisión, como quien disfruta de una alegre comedia o de un apacible programa de recetas de cocina. La biotecnología y la ingeniería genética, una tercera revolución al servicio de los intereses creados, puede acabar cumpliendo la pesadilla de Orwell: sociedades de zombis manipulados para la producción y el consumo.

La corrupción de las costumbres y los consorcios de la droga marcan la impronta de la vida cotidiana en muchos países desarrollados, y para mayor escarnio se le achaca toda la responsabilidad de esta verdadera plaga a las zonas pobres productoras de la materia prima.

¡Qué distante ha quedado la civilización capitalista de los mejores principios éticos y morales de la historia de Occidente! Repito: la corrupción y la inmoralidad invaden hoy todas las esferas de la vida económica, política y social de mundo. Analicemos lo anterior a partir de su expresión más dramática y malvada: el terrorismo que la mafia desde el gobierno de Estados Unidos viene practicando de forma sistemática.

El más vasto proyecto de liberación humana emprendido en el siglo xx sufrió un colapso. Las causas esenciales de su fracaso tienen fundamentos culturales, la subestimación de los factores subjetivos y su tratamiento anticultural se hallan en la médula de los grandes errores cometidos. Se pasó por alto a la cultura en su acepción cabal y por tanto universal. Como consecuencia se impusieron las pasiones más viles de los hombres y no pudieron promoverse al plano requerido por la aspiración socialista sus mejores disposiciones.

Esto, en las condiciones de sociedades que habían colectivizado las fundamentales riquezas, generó el inmovilismo, la inacción, la superficialidad y acabaron exaltándose los peores rasgos en el sustrato sociocultural de aquellos países. Así perdió toda realidad el llamado "socialismo real". Pero lo que se derrumbó no sólo fue el campo socialista sino el sistema de relaciones políticas vigente a escala internacional en la segunda mitad del siglo xx.

José Martí caracterizó el desafío que aún hoy tiene vigencia. La contradicción, dijo, no está entre civilización y barbarie, sino entre falsa erudición y naturaleza. Así la cultura, cuando se corresponde con intentos de dominación, es falsa erudición y por consiguiente agrade a la propia naturaleza, y en cambio cuando se identifica con el ideal de liberación se revela como una segunda naturaleza genuinamente humana. Debemos acabar de entender que ella no es accesoria a la vida del hombre, está comprometida con el destino de la humanidad y situada en el sistema nervioso central de las civilizaciones. En la cultura hacen síntesis los elementos necesarios para la acción, el funcionamiento y la generación de la vida social de forma cada vez más amplia.

Las alternativas de un progreso económico estable han fracasado en diversos proyectos porque se subestimó el factor humano y la compleja trama de relaciones, creencias y valores que se hallan en la médula de la cultura. Se está produciendo objetivamente un proceso de internacionalización de las relaciones económicas de dimensión y consecuencias

insospechadas y con problemas infinitamente más complejos a los enfrentados hasta aquí por la humanidad.

No podemos aceptar pasivamente que las tendencias homogeneizadoras de la llamada globalización pisoteen los más elevados valores de la tradición espiritual presentes en el tejido de nuestras naciones; ni permitir que la tradición cultural y las más elaboradas creaciones jurídicas y políticas con sus realizaciones democráticas se destruyan.

Aceptamos el desafío impuesto por las actuales relaciones económicas internacionales, pero ello presupone principios éticos y culturales sobre el fundamento de lo enunciado por el Benemérito de América, don Benito Juárez, cuando afirmó: “el respeto al derecho ajeno es la paz”; sólo así defenderemos a la humanidad de la debacle, a los pobres de la miseria y a la Tierra misma del desastre ecológico denunciado por la comunidad científica internacional. La única forma de contribuir a la paz de manera estable y duradera consiste en situar la bandera de la democracia, el respeto a los valores universales de la cultura y a los principios del sistema de derecho internacional en el centro de nuestro empeño.

El sueño de un gobierno universal, inspirado en el ideal democrático y fundamentado en un sistema de derecho, ha animado durante largo tiempo la utopía de los más nobles humanistas. Hoy los signos terribles de la destrucción de ese sueño se presentan como una pesadilla con los peores presagios. La potencia más poderosa de la tierra viene violentando oficial y descarnadamente el sistema de derecho vigente. Se ha situado con su enorme poder fuera de la ley. Hay que conocer la historia para saber el reto y el drama presente ante nosotros.

El peligro mayor está en lo siguiente: la política del más poderoso país capitalista se mueve con criterios aldeanos, son los “aldeanos vanidosos” citados por Martí en las primeras líneas de su célebre ensayo *Nuestra América*, los cuales “no sabían de los cometas que iban por el cielo devorando mundos y que les bastaba ver crecer sus ahorros en la alcancía para dar por bueno el orden universal”. Estas personas me recuerdan *El hombre mediocre*, de José Ingenieros; acaban encerrados en lo mezquino, identifican las fuerzas de que disponen con toda la realidad. Les falta la cultura espiritual necesaria para entender el mundo de hoy y la naturaleza de los cambios que de una forma u otra tendrán que venir. Están demostrando impotencia e incapacidad para tratar los complejísimos problemas del mundo posmoderno. Vale recordar aquella expresión popular: “Dios ciega a quienes quiere perder”.

Están encerrados en las mallas diabólicas de su poderío y no lo saben ejercer con inteligencia, tanto menos con amor, expresiones suprimidas de su diccionario. Desencadenan con sus acciones el desorden y se sitúan

fuera de la realidad. No entienden que lo real es mucho más profundo de lo que se mueve en la superficie, incluye también el fondo de la vida política y social, y éste, de tal o cual manera, condiciona el presente y sobre todo el futuro. Los políticos del imperio no lo consideran una realidad porque ellos están anclados en el pasado oprobioso.

Esos mismos políticos no han podido ni siquiera entenderse con el Estado cubano, el cual posee infinitamente menos recursos que ellos y sólo reclama el respeto a su dignidad e integridad territorial y soberanía nacional. Mal podrán relacionarse y comprender a un mundo más fuerte en su conjunto, requerido de cambios, pero en el sentido radicalmente opuesto al postulado por la ultraderecha norteamericana. Es tanta la ignorancia y torpeza demostrada por estos extremistas en el tratamiento de sus relaciones con Cuba, que nos espanta como seres humanos el poderío por ellos detentado para relacionarse con el resto del mundo.

Esto tiene una larga historia que es preciso estudiar. Analicemos tres grandes corrientes del pensamiento occidental en los últimos dos mil años: la primera, el cristianismo, que es una de las fundamentales raíces éticas de nuestra civilización; la segunda, las ideas de los filósofos europeos de los siglos precedentes de la Revolución Francesa de 1789, con sus banderas sobre el pensamiento racional y los derechos humanos; y la tercera, las ideas socialistas en su variedad de expresiones, con la exaltación de la justicia social y la importancia de las transformaciones económicas y del régimen de propiedad para la liberación del hombre.

Estas tres grandes corrientes fueron tergiversadas y conducidas a la más lamentable frustración, es decir, no fue sólo el socialismo real, sino todo el pensamiento occidental el que ha entrado en crisis.

Los principios filosóficos, sociales y culturales presentes en estas corrientes han sufrido un descrédito universal. Hay que rescatar los mejores valores contenidos en los mismos y que conserven su validez para el mundo de hoy. Es necesario hacer un estudio minucioso de la historia, la redención del hombre y del equilibrio del mundo y extraer una síntesis que se fundamente en un pensamiento ecuménico y nos brinde un método para la acción. Los cubanos nos valemos de la tradición filosófica de nuestro país, la cual postuló, a principios del siglo XIX, lo que llamó método electivo, es decir “todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela; todos los métodos y ningún método, he ahí el método”.

Veamos ahora lo que nos dice al respecto de estos temas Segismundo Freud:

A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si —y hasta qué punto— el desarrollo cultural logrará hacer frente a las

perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción. En este sentido, la época actual quizá merezca nuestro particular interés. Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, de su infelicidad y su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas "potencias celestes", el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer la lucha con su no menos inmortal adversario. Mas, ¿quién podría augurar el desenlace final?

Obsérvese que resalta la cultura como la única posibilidad de salvar a nuestra especie, pero no tiene fe en el desenlace final. Se trata, en este aspecto, de una conclusión pesimista pero evidentemente realista. Nadie debe poner en duda que estas líneas constituyen una seria advertencia al género humano, tanto más en los tiempos que corren. También somos realistas, pero luchamos por cambiar la realidad. Veamos ahora cómo abordó Martí esta grave cuestión.

Expresó su confianza en el porvenir y nos habló *de la utilidad de la virtud, del equilibrio del mundo y de las formas cultas de hacer política*. Estudiar este crisol de ideas debe ser uno de los objetivos esenciales de cualquier encuentro sobre el drama del mundo actual.

Martí, sin pasar por alto la complejidad de ese problema, plantea una filosofía que destaca la importancia de la cultura en la transformación moral del hombre. Él creyó en las posibilidades del mejoramiento humano, tenía una visión optimista con respecto a que el hombre pudiera superar con la cultura su tendencia atávica de origen ancestral.

Lo primero y más importante de la cultura de la naturaleza en José Martí es precisamente: *la Humanidad, el hombre en su sentido más universal*. Sin despejar este problema cardinal no podríamos entender las fórmulas que plantea el Apóstol; *la identidad humana se expresa en la vocación de su sensibilidad universal*. El hombre existe como creación de la larga evolución de la historia natural, la ruptura de este vínculo matriz de lo humano significa la ruptura del hombre mismo. Ahí está la raíz de la tragedia: destruir, como viene haciéndose, la naturaleza que le sirvió al hombre de claustro materno.

Basta ya de ignorar o subestimar la importancia cardinal que tiene la naturaleza humana en el curso real de la historia social y que luego de siglos de acciones egoístas es necesario colocar nuevamente en el lugar que le corresponde. Hoy, la famosa enajenación del hombre estudiada en siglos anteriores está conduciendo a un posible fin de la historia, y no expresado de la forma superficial y cínica con que lo empleó un intelectual de la derecha más reaccionaria, sino de manera real y concreta.

Para el propósito de conocer la esencia humana Martí nos hace la más profunda caracterización del hombre. Dice el Maestro: "Todo hombre es una fiera dormida. Es necesario poner riendas a la fiera. Y el hombre es una fiera admirable: le es dado llevar las riendas de sí mismo". Las riendas están en la cultura; asumió así el Apóstol el carácter contradictorio de lo humano.

El factor subjetivo se muestra hoy con toda su vigencia tanto en lo que tiene de positivo y enaltecedor como en lo que tiene de oprobioso y canallesco. Venimos arrastrando la antiquísima dicotomía que el cristianismo ha presentado con el símbolo de Abel y Caín. Durante siglos se han desencadenado, de un lado, los peores instintos de los hombres y del otro se ha exaltado el humanismo y el sentido universal de la justicia. Sólo reconociendo esta dualidad y trabajando a favor de las más nobles aspiraciones humanas podemos trascender como civilización.

Ningún hombre sensato rechaza la técnica, la ciencia, como tampoco los juegos y las flores, lo cual forma parte de la naturaleza humana; pero el desafío no lo enfrentaremos, ni se resolverá con frases retóricas posmodernas y huecas. Se reclama una cultura de profundos propósitos éticos.

Resulta imprescindible para la economía internacional, entendida ésta en su real sentido, promover el desarrollo sobre el presupuesto de responsabilidades morales y culturales, las cuales impidan se aplaste la vida espiritual y la existencia misma del hombre en el planeta. Estos valores sólo tendrán real significado si nos los planteamos en términos universales. Hablamos de desarrollo de toda la humanidad y no sólo de una parte de ella. En este problema está involucrada su propia existencia. Con vocación y sensibilidad universal podremos entender la profundidad del drama económico-social, encontrar caminos de soluciones y enfrentar un esfuerzo sistemático por vencer los gigantescos abismos entre la riqueza y la pobreza.

¿Dónde radica la debilidad de las ciencias sociales, históricas y económicas del sistema social dominante? En pasar por alto una parte esencial de la realidad: el dolor y la miseria creciente a nuestra vista. Para enfrentar esa situación se hace imprescindible articular política, ética y economía. Si no relacionamos cultura y desarrollo no le encontraremos solución a los retos de la humanidad en el siglo XXI.

Hoy nos movemos en un contexto histórico distinto al del pasado. La globalización, un proceso al cual no podemos ni deseamos renunciar, será un desastre para la humanidad en su conjunto si no actuamos consecuentemente y, sin embargo, puede ser el camino necesario para la transformación y salvación de la misma si obramos con inteligencia y amor. Debemos trabajar con los principios de la solidaridad. La respuesta culta a la globalización inculta está en vincular la cultura al desarrollo. Es la única

solución ética y racional. Sólo a partir de los intereses de los pobres y explotados puede protegerse a la humanidad del desastre.

A escala internacional los conflictos entre identidad, universalidad y civilización estremecen la vida moderna porque tienen raíces económicas, tal como se expresa en el caos intelectual y moral con que los doctrinarios del sistema social dominante enfocan la realidad de nuestros días. En la confrontación entre estas tres categorías, se halla el vórtice del ciclón que se gesta en estos tiempos de graves convulsiones financieras, terrorismo, crecimiento de los negocios de la droga, desorden generalizado etcétera.

Las recetas neoliberales pretendieron esconderse con aparentes mejorías de indicadores económicos, pero hoy son desmentidas por la realidad. Los desajustes estructurales y el notable incremento del millonario número de personas viviendo en condiciones de extrema pobreza, son modernas expresiones del antiquísimo conflicto entre pobres y ricos. A estas alturas de la evolución de nuestra civilización hay que promover en todos los países los vínculos entre cultura y desarrollo, entre identidad, universalidad y civilización. La genuina posmodernidad estará en establecer esos vínculos.

Desdeñar el sentido poético y heroico de la vida del hombre, donde se visualiza lo más trascendente del futuro, conduce a errores graves que amenazan con la desaparición de la especie humana. Es necesario propiciar una cultura donde no existan antagonismos entre ciencia y ética, ni entre ciencia y fe en Dios. Tenemos el deber de estudiar las categorías llamadas de la superestructura, hemos asistido a la subversión de valores jurídicos, éticos y culturales levantados en un largo y trabajoso proceso de siglos. Es indispensable situar la solidaridad, la capacidad humana para asociarse en favor de propósitos colectivos, en el centro de un empeño renovador orientado por el esfuerzo científico, tecnológico y profesional de todas las ramas del saber hacia los fines de promover la justicia entre los hombres sin fronteras ni distinciones. Sin una alta conciencia sobre la necesidad de crear una cultura de la solidaridad entre los seres humanos no podremos vencer estos obstáculos. Comencemos por el amor y la justicia, conceptos relegados por una civilización que se estima superior por poseer tecnologías y conocimientos científicos, y a su vez carece de lo principal: una cultura ética, humanista, duradera y profunda.

Se impusieron los peores instintos e impulsos primarios del hombre, y sólo con el amor y la justicia podremos hoy salvar a nuestra especie de su posible extinción a manos del crecimiento anárquico y desenfrenado del egoísmo. Exaltemos las más nobles aspiraciones del hombre y estaremos promoviendo lo más original de su historia. La solidaridad debe constituir

un patrimonio universal, punto de partida para la multiplicación de la virtud en las relaciones entre los individuos.

Temura, he aquí una palabra perdida en el recorrido contradictorio y angustioso del siglo concluido. No se debiera mencionar sin pronunciar un grito de indignación en las ciudades donde los niños sustituyen sus juegos ancestrales por máquinas electrónicas, ante las cuales ensimismados y solitarios se ejercitan en el arte de matar o cuando, ya adultos, se identifican con la hostilidad de las tribus urbanas. A escala universal nos estamos esclavizando y banalizando con una pseudocultura vinculada a la violencia y al egoísmo desenfrenados, lo cual influye en los índices crecientes de la criminalidad. Los designios geopolíticos tratan de imponerse y para eso emplean los medios y las técnicas más diversas. Nos corroe la cultura del egoísmo: tener más a toda costa y a todo costo. Debemos ser capaces de alarmarnos ante los desastres ecológicos y la espada de Damocles que pende en el agujero abierto en la capa de ozono. Sólo importa a muchos obtener superganancias y bien poco pensar en una más justa redistribución de las riquezas.

Se han desgastado las palabras *libertad*, *igualdad* y *fraternidad* en una retórica superficial y vacía y son realmente inalcanzables, no sólo para quienes padecen de imposiciones totalitarias sino también para los millones y millones que no pueden gozarlas encerrados en la cárcel de la necesidad de sobrevivir a duras penas y morir sin ver realizada su condición humana.

Esta acumulación de problemas sólo es posible enfrentarla entrando en una nueva época donde se afirme el valor de la esperanza y la utopía. Sin embargo, algunos glorifican una razón instrumental sobre la base de enarbolar nuevos mitos del Diablo. Se trata por lo contrario de promover una racionalidad que nunca debimos perder y planteámosla en su más profunda y radical verticalidad. Para el triunfo de la racionalidad, si va a tener un valor genuinamente humano, no bastan las cifras frías de una aritmética y una estadística erigidas en “teologías”, bien distantes de la definición martiana de Dios cuando dijo que él representa y está en la idea del Bien.

Se impone una nueva práctica para situar a la cultura, la ciencia y la educación en el centro mismo de las estrategias de desarrollo. Todo lo dicho al respecto, presente en muchos discursos de los círculos académicos, intelectuales e incluso en los foros políticos internacionales, debe ser llevado a la realidad. Esto se impone como una necesidad política de los tiempos presentes y futuros.

La exaltación de la cultura ha devenido en exigencia inexcusable. Debemos luchar de manera incesante por articular el desarrollo de las

fuerzas productivas con una racionalidad que preserve y enriquezca la condición humana. Nuestras sociedades no pueden seguir siendo rehenes de tecnologías destructivas, de arbitrariedades derivadas de una globalización unilateral de la economía, de un consumismo desenfrenado. Y esto sólo se logra si promovemos una auténtica racionalidad moderna, comprometida con los más genuinos valores humanistas universales, a partir de una educación integral que cultive las mejores disposiciones humanas.

Sin proponémoslo y alejado de toda actitud pretenciosa, nuestro pequeño hogar, Cuba, se ha ido convirtiendo en bandera de esperanza para un mundo donde crecen la pobreza, las desigualdades, se pisotea la dignidad del hombre y se gestan de forma galopante las crisis que amenazan incluso la vida en el planeta. ¿Cómo hacemos los cubanos para estar a la altura de nuestras responsabilidades? Exaltando los valores éticos y culturales presentes en nuestra historia y llevándolos a la educación, a la política y a todos los planos de la vida nacional, consolidando la cultura jurídica y el cumplimiento estricto de la ley, que desde los tiempos de la proclamación de la independencia y la Asamblea de Guáimaro en 1869, con su decreto de abolición de la esclavitud, está orientada hacia los intereses de los trabajadores y de los explotados.

Hace falta un programa matriz de todos los programas: el de la alfabetización ética, reclamada por la preservación del patrimonio espiritual más importante de la civilización, el hombre.

La vieja idea de que el hombre nace bueno y se hace malo quedó atrás definitivamente después de los grandes descubrimientos de Darwin. El hombre nace con posibilidades de ser bueno, de ser mejor, y la evolución natural nos dio la oportunidad de un ascenso superior en un camino de millones de años.

En su memorable poesía "Yugo y estrella", Martí lo expresa con belleza poética y rigor científico. Estos versos memorables dejan el alma en suspenso y asumimos lo que objetivamente somos, piezas de una larga evolución. Se llega, en medio de nuestra insignificancia individual, a sentir como deber sagrado el de continuar luchando por un paso de avance en la historia social del hombre. Lo experimentamos también en el *Cántico cósmico* de Ernesto Cardenal. La esencia de este pensar y sentir martianos se concreta y ensambla en su prodigiosa percepción del arte. Aquí ética, filosofía y arte, como una joya de nuestra historia cultural, muestran otro sello clave de la identidad nacional. Esos versos del Apóstol encierran no sólo belleza sino también verdades filosóficas y científicas.

Ahí debe comenzar nuestro trabajo por elevar al *homo sapiens* a la más alta condición humana. Sólo así podremos enfrentar el drama que

nos ha reunido aquí, y para hacerlo debemos encontrar por vías educativas y políticas, la relación en la que Martí insistió de la inteligencia con el amor y la solidaridad. Debemos llevar este mensaje a las escuelas, ojalá que se entienda que la revista *La Edad de Oro*, de Martí, constituye un elemento clave para la educación.

Acabemos de reconocer que la justicia es la categoría principal de la cultura. Esta afirmación no está sólo en boca de los grandes humanistas, sino que se fundamenta también en los más importantes estudios antropológicos de la Edad Moderna.

Para estos propósitos necesitamos una cultura volcada hacia la acción transformadora, es decir, dejar atrás toda concepción filosófica dedicada simplemente a describir el mundo cuando de lo que se trata es de transformarlo. Sin el ascenso moral del hombre nada de esto es prácticamente posible. La importancia de la ética hay que jerarquizarla en todos los terrenos y debemos denunciar el desorden y la incapacidad del sistema social y político vigente sin esquematismos ni sectarismos de tipo alguno para enfrentar estos graves problemas.

En el siglo XXI se hace impostergable analizar la condición humana para enfrentar los desafíos del drama del hombre sobre la Tierra. En su larga evolución ha sido —como se dijo hace miles de años— “la medida de todas las cosas”. Movilicemos las conciencias del mundo sobre la base de la justicia y la dignidad plena del hombre; se trata de un objetivo insertado en las necesidades de conservar, desarrollar y enriquecer nuestra especie y la naturaleza misma. La civilización occidental ha exaltado el papel de la razón y del pensamiento dialéctico. Ha caído, sin embargo, en la irracionalidad porque no basta la inteligencia, es necesario también el amor. Inteligencia y amor están en la semilla de la facultad de asociarse. El hombre se diferencia de los animales no sólo por su inteligencia sino también por su capacidad de amar y de asociarse a los demás individuos de la especie, es necesario estudiarlo con el rigor de la ciencia. Tenemos que encontrar el camino necesario para coronar la edad de la razón con principios éticos. Es la única forma racional de actuar.

Para tan altos propósitos la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, celebrada en La Habana, en enero de 2003, acordó organizar el Proyecto de Solidaridad Mundial José Martí destinado a crear, a escala internacional, un espacio de reflexión, estudio, investigación y promoción de ideas sobre la necesidad de un diálogo sereno, ajeno a las enormes limitaciones que imponen los conflictos de carácter político inmediato en el mundo actual.

Aspiramos a propiciar la más amplia representación de civilizaciones y pueblos del mundo y de los organismos internacionales —en especial la

UNESCO— más vitalmente interesados en estos objetivos y orientándonos por la conciencia universal expresada en la creación de las Naciones Unidas tras la segunda Guerra Mundial. Estamos interesados en promover la actualización de los ideales que garanticen el derecho de las naciones y los pueblos a las identidades culturales y a la persona humana a favor de la paz, la cultura y el desarrollo social.

La trigésimo segunda Asamblea General de la UNESCO acordó auspiciar el proyecto y hemos ido organizando en diversos países capítulos nacionales; y en octubre del pasado año, en La Habana, coincidentemente con el Coloquio Internacional José Martí: Por una cultura de la Naturaleza, quedó constituido el Consejo Mundial del referido Proyecto de Solidaridad Mundial. Cerca de cuarenta destacadas personalidades de muy diversos países forman parte del mismo y la cifra sigue creciendo.

“El equilibrio del mundo”, “la cultura de la naturaleza” y el propósito de marchar “con todos y para el bien de todos” están entrelazados en el ideario martiano y constituyen exigencias inaplazables a resolver en el mundo del siglo XXI. Sobre los dos primeros temas ya efectuamos importantes eventos internacionales en el 2003 y el 2004 y ahora preparamos para octubre del presente año el Coloquio Internacional “Con todos y para el bien de todos” que aspira a reunir a todos los interesados en debatir sobre los grandes temas políticos, económicos y sociales de nuestro tiempo.

Para materializar tan elevadas aspiraciones es indispensable la acción política. Por muchos análisis que hagamos en el infinito laberinto de las cifras y los datos económicos y de las concepciones filosóficas y sociales más justas, sólo se podrán enfrentar eficazmente estos desafíos con ideas políticas fundamentadas en la cultura.

Cada día tengo mayor satisfacción al recordar que la Generación del Centenario de Martí, la de Fidel, desde hace más de medio siglo mantiene la cultura ética como tema central; ahí está la clave: cultura, ética, derecho y política solidaria.

En la articulación de estas cuatro categorías se halla la fórmula del amor triunfante y del equilibrio del mundo postulada por el Maestro. Es necesario precisar lo que entendemos por cada una de ellas:

- Cultura: cuya categoría primigenia y superior es la justicia.

- Ética: definida como lo hizo el maestro fundador de la escuela cubana José de la Luz y Caballero cuando postuló que “la justicia es el sol del mundo moral”.

- Derecho: elemento sustantivo de toda civilización y que tiene como primera categoría a la justicia. Al subrayar su importancia Martí postuló: “El derecho mismo, ejercitado por gentes incultas, se parece al crimen”.³

- Política solidaria: en su sentido más universal y abarcador del término, es decir, “Con todos y para el bien de todos”.⁴

Los paradigmas que representan estas cuatro categorías expresados en hombres sobresalientes, acontecimientos y procesos revelan los mitos que necesitamos para enfrentar los desafíos que tenemos ante nosotros. En la cultura de José Martí podemos encontrar la síntesis de pensamiento que nos ayude a ello:

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.

La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza y para darles con el conocimiento de la ciencia llana y práctica la independencia personal que favorezca la bondad y fomente el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo.⁵

Estamos persuadidos de que, si luchamos por él con sabiduría y firmeza, un mundo mejor es posible para toda la humanidad sin excepción.

³ Martí, *Obras completas* [n. 1], tomo 5, p. 108.

⁴ José Martí, *Discursos revolucionarios*, Liceo Cubano, Tampa, 26 de noviembre de 1891, en *Obras completas*, tomo 4, p. 279.

⁵ Martí, *Obras completas* [n. 1], tomo 8, p. 289